

Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra

MARÍA CLEMENCIA CASTRO

A MODO DE INTRODUCCIÓN

El título que inaugura este escrito es una ocasión para decir lo específico de alguien que ha hecho una elección por la vía guerrillera. Se trata de una elección *de-vida*, en tanto que se ofrece la vida a un ideal; es, así mismo, una elección *debida*, por cuanto instala en el registro del deber y también por ser forzada desde lo inconsciente que opera el enganche. Es una elección que, en el esplendor de una causa como horizonte, puede acompasarse en sus tiempos y sus trazos, así como en sus semblantes y secuelas.

La vía guerrillera implica hacerse a una causa y, a la vez, instalarse en la guerra, en la ofrenda vital y mortífera de la vida hasta la muerte. Se escenifica, de este modo, el ideal en su función de convocar a la entrega, la devoción y el altruismo. Pero está también su otra cara, aquella que empuja a la destrucción y al aniquilamiento.

INVESTIDURAS

Hacerse a una causa guerrillera implica investirse de un discurso que, inscrito en el orden simbólico, tiene una trascendente resonancia impregnada de lo imaginario. Lo simbólico “imaginarizado” deriva en un poder redoblado del discurso y es sostén en una lucha fraterna encarnizada. Hacerse a una causa guerrillera es encarnar el discurso con sus efectos de exaltación y de prestancia, pero también de sometimiento y de abnegación frente al amo elegido.

El sujeto habita un cuerpo y, más allá de una anatomía, se hace uno desde el trazo simbólico que lo enuncia y lo inscribe, amparado en un nombre que anticipa una pretendida identidad, envuelto en multiformes identificaciones. El cuerpo es borde, envoltura del sujeto en tanto vacío, que halla su soporte en el significante.

En una elección guerrillera el sujeto deviene anónimo trashumante que deja su nombre para hacerse a una causa, todo ello en un trasegar perenne que le conmina a soslayarse en cada recodo sin dejar rastro de su paso.

Hacerse a la vía de las armas dice de un cuerpo guerrero habitado por insignias, por revestimientos y ropajes; vestidura que bordea su vacío. *"Tras el uniforme se agazapa la homogenización"*¹. Uniforme que delinea al cuerpo homogéneo y sincrónico, propio del sujeto subsumido en un colectivo. Intento de borramiento de las diferencias, aun de aquellas que desde el posicionamiento subjetivo atraviesan el cuerpo con la sexuación, contorneándolo ahora en su homología. Atavío o armadura pretendidamente protectora, insignia de la militancia que formaliza un cuerpo armado, *"cuerpo guerrillero"*² camuflado e indistinto, difícilmente diferenciado de sus opuestos y radicales enemigos, donde la más sutil distinción hace la voraz diferencia.

Instalarse en una vía guerrillera dice también de la indumentaria y del semblante permutado del urbano que mimetiza su presencia clandestina acompañada de identidades cambiantes. Así lo sugiere un testimonio: *"He sido un hombre de doble vida... legal cuando me visto como el retrato de la cédula, me encedulo y paso viendo cerquita los ojos de los retenes... ilegal cuando me visto de baquiano, soy guerrillero, tomo mi arma, cojo las trochas que desde niño guardo en la memoria, camino siempre"*³.

Cuerpo expuesto a la lucha por la causa en una competencia guerrera que exige someterse a la adversidad y al rigor extremo, a peligros y riesgos desmedidos, a jornadas agobiantes, a cargar enormes pesos incluso más allá de las propias fuerzas. Se convoca el envite y el misterio, la vitalidad, el entusiasmo y la audacia, lográndose hazañas de una fortaleza nunca antes imaginada. Temple guerrero, musculatura tensa, fuerza aguerrida que transforman hasta la contextura y el caminar. Cuerpo cenecño que en la gallardía miliciana se enaltece y tonifica. Cuerpo insigne, erguido en su marcha al unísono, en su paso marcial, cuerpo que dice de un intento por hacerse al ser en la vía de ser guerrero habitado por un sueño.

El arma es protección, garante de la vida, amuleto; se conserva adherida aún en el reposo y en el idilio, *"... es tu vida... tu todo..."*⁴. Más que agregada o miembro adoptado, el arma se incorpora, se hace parte indiscutible de una integridad corpórea imaginada, dando lugar a que *"...el cuerpo se asuma con el arma"*⁵. Pero el arma configura, a la vez, distancias, *"... una frontera entre los cuerpos marcada por el arma... por la necesidad de cuidar el cuerpo, la integridad..."*⁶.

La guerra ha de explorarse en su punto excelso de violencia que pone en conjunción el cuerpo y el goce como encuentro encarnizado allí donde la palabra dimite. La guerra es también escenificación de un espíritu de cuerpo que le sirve de soporte. Investidura y semblante, insignia y emblemática, dimensiones imaginaria y simbólica que, anudadas a lo real de la destrucción y el aniquilamiento, auguran un aciago destino. Es, del mismo modo, una apuesta que en su final resta como cicatriz.

1 MARÍA EUGENIA VÁSQUEZ, *Escrito para no morir: Bitácora de una militancia*, Bogotá, Colcultura, 2000, pág. 223.

2 SANDRA HOYOS, *Ecos de la guerra en palabras de mujer. Conversación con María Eugenia Vásquez*, Bogotá, material original.

3 ARTURO ALAPE, *Las muertes de Tirofijo*, Bogotá, Plaza & Janés, 1980, pág. 100.

4 ALBERTO CUÉLLAR, en *Seminario, De la vía guerrillera a la vida civil: avatares subjetivos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, octubre de 2001.

5 SANDRA HOYOS, *op. cit.*

6 LEÓN VALENCIA, en *Seminario, De la vía guerrillera a la vida civil: avatares subjetivos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, abril de 2001.

El cuerpo armado es compostura imaginaria en la fascinación de la omnipotencia de las armas e instalada en la fatuidad comandante de la vida y de la muerte. Soberbia y altiva arrogancia propia del enaltecimiento yoico.

Hacerse a las armas implica el investimiento libidinal que hace del cuerpo pendón, insignia. El cuerpo hecho estandarte es investido de poderío, de fervor y coraje, de la cautivación obnubilante de la pasión guerrera. De allí que los teóricos de la guerra, desconocedores las más de las veces de las vicisitudes del inconsciente, hayan alcanzado a advertir su particular atractivo erótico.

En su esplendor, el narcisismo fulgurante del guerrero da lugar al valor y la osadía, protegiendo de la incertidumbre, del miedo, de la pregunta horadante. Tras esa investitura se resguarda el sujeto eludiendo su responsabilidad subjetiva y permitiéndose el despliegue del goce en el embeleso del poder.

En la guerra el cuerpo no es pensado ni sentido, no se advierte su fisonomía cambiante, tampoco se percibe su calentura y fragor en el combate. No se repara en su forma, no hay fácil ocasión para mirarlo, pero sí para su espectáculo, que contrasta con su valor superfluo y su olvido. Por momentos, el cuerpo pareciera reducirse a su mera existencia en lo real.

Cuerpo silente, esquivo a la enfermedad y al padecer, anestesiado a la fatiga, al dolor y al sufrimiento, acallado ante los rigores extremos y la vida adusta, mudo ante las rasgaduras y los extravíos, sólo grita frente al estallido que denuncia su existencia. Cuerpo anhelante del reposo que, a la vez, viene con el alarido de sus laceraciones y roturas, protegido de accidentes y raspaduras; paradójicamente descuidado y maltrecho en las hambrunas y severidades exigidas. En un inicio “...mi cuerpo se hacía sentir... cada músculo, cada tendón... otras partes del cuerpo protestaban... la explosión de nacidos... los golpes se infectaban... Cuando me dejó de importar... cuando pasé a no sentirlo... gané poco a poco en levedad y fluidez”⁷.

Es cuerpo im-propio, advenedizo al sujeto, que se cifra como cuerpo armado en el cuerpo colectivo. Enuncia una pertenencia haciéndose “miembro”, parte adherida. Desdibujando los propios límites y entonando en consenso, el cuerpo se orienta a “... incorporarse y ser en el colectivo...”⁸. “Era fundamental tener cuerpo y saber a qué unidad se pertenecía. El colectivo era tu propio cuerpo ampliado, y eres fuerte y tienes sentido si formas parte de él... ocupas un espacio y cumples una función”⁹.

Se es parte de un cuerpo otro, hecho Uno con los otros. Cuerpo que se perfigura como integrado y completo, trazado férreamente en su linde; en su estructura imaginada se protege hasta el extremo de cualquier fisura. “Era uno el sudor que empapaba la toalla... el olor era colectivo... Se hacía uno solo, sólido e inseparable de todo el cuerpo guerrillero. Era la misma sed, la misma hambre, el mismo cansancio, el mismo sueño. Eran los mismos placeres...”¹⁰

Unidad, homogeneidad, fraternidad, son vías de la identificación que inauguran el “espíritu de cuerpo”¹¹, esencial para el ámbito militar. “Nos sentimos parte de algo mayor y empezábamos a unir unos lazos como tendones de un cuerpo que se forjaba”¹². Es, al decir de Clausewitz, el “espíritu corporativo” que forma el vínculo entre las fuerzas activas en la virtud militar, esto es, la unidad de la tropa como fusionada en un molde, cuerpo militar,¹³ “cuerpo combativo”¹⁴. Se escucha decir: “... durante todo el tiempo de la militancia, me sentía cuerpo conjunto”¹⁵.

“Eramos un todo”¹⁶, “... un cuerpo armónico, solidario y ganador... en un horizonte sin fronteras... una columna de guerreros dueños del futuro”¹⁷. Precisamente, para Clausewitz, la “verdadera arma” de la guerra es la fuerza moral que

⁷ VERA GRAVE, *Razones de vida*, Bogotá, Planeta, 2000, págs. 208-209.

⁸ *Ibid.*, pág. 194.

⁹ *Ibid.*, pág. 196.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 203-204.

¹¹ KARL VON CLAUSEWITZ, *De la guerra*, Barcelona, Labor, 1992, pág. 184.

¹² VERA GRAVE, *op. cit.*, pág. 189.

¹³ KARL VON CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 184.

¹⁴ VERA GRAVE, *op. cit.*, pág. 204.

¹⁵ SANDRA HOYOS, *op. cit.*

¹⁶ VERA GRAVE, *op. cit.*, pág. 204.

¹⁷ *Ibid.*, pag. 209.

expresa su poder desmedido y sorprendente¹⁸. Este elemento enigmático en la contienda bélica dice de la subjetividad que el gran teórico castrense alcanza a intuir tiempo antes del develamiento hecho por Freud sobre los misterios de la vida anímica y sobre las mociones conjugadas que hallan un escenario predilecto en la guerra. "Aunque poco o nada puede decirse en los libros sobre estas cosas, pertenecen sin embargo a la teoría del arte de la guerra tanto como todo lo demás que constituye la guerra"¹⁹.

La emoción guerrera, más que un motivo permanente, hace su esplendor de intrepidez dejando frente a ello perplejo²⁰. La guerra implica el esfuerzo físico y el sufrimiento; para no desfallecer, ya lo advertía Clausewitz, se requiere de la fortaleza de cuerpo y de espíritu que producen la indiferencia frente a ellos: el aletargamiento.

El cuerpo que deviene guerrero halla su fugaz sosiego en efímeros momentos de placer y de amorío, de goce del sexo y otros goces esquivos, distintos a los exuberantes de la guerra que, como siempre, ponen en evidencia las coartadas del sujeto.

DESTROZOS²¹

En el militante de la causa que forja un horizonte de la vida se descubre un aguerrido combatiente. La guerra, majestuosa creación destructora, tiene a la violencia como su punto excelso. A cuenta de un ideal formalizado en el discurso (o sin éste), el sujeto se instala en ese escenario privilegiado de goce que se regodea en el cuerpo, donde la vida adquiere su preeminencia en tanto ex-puesta a la muerte. Así mismo, es allí donde el otro, el semejante, pierde su posibilidad de existencia.

La voz de mando es alarido estridente comandante de una apuesta descarnada que se exply en la plétora de los cuerpos. Como dice Freud: no hay guerra buena, todas son crueles y despiadadas²².

Inserta en sus preparativos y preámbulos, amparada en la instrumentalización, la guerra encuentra su apogeo en la violencia, donde el paso al acto acarrea la muerte. El cuerpo es puesto al goce en el paroxismo del combate, convite privilegiado de la pulsión. "La sangre, la muerte se vuelven cotidianas, mientras uno se adapta como a cualquier trabajo. Están los tiros, la bullaranga, los horarios de guardia, el ejercicio matutino. El que está decidido, el que está convencido, se adapta. A mí me gustaba eso".

Investitures, havoc and scars, or
on the body in war

War must be explored in its sublime point of violence that conjoins the body and jouissance as a ferocious encounter from which the word has fled. War is also the scenario for an *esprit de corps* which is its support. Investiture and semblance, insignia and emblems, imaginary and symbolic dimensions that, knotted with the real of destruction and annihilation, foretell a tragic destiny. At the same time, it is a wager that stays behind as a scar.

¹⁸ KARL VON CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 183.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 182.

²⁰ *Ibid.*, pág. 69.

²¹ Algunos de los desarrollos presentados en este aparte corresponden a avances de un proyecto de investigación en curso. Cfr. M. CASTRO y C. DÍAZ, *El goce y el cuerpo: su anudamiento en la violencia y la guerra*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.

²² SIGMUND FREUD, *De guerra y muerte: Temas de actualidad*, en *Obras Completas*, t. XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

El torbellino de la guerra envuelve, subrepticamente, a muchos en la hegemonía de sus lógicas y en el aprecio por lo militar, “... es la *dinámica de la guerra... hombres y mujeres nos vamos metiendo en esa dinámica hasta que nos devora o nos muele*”²³.

Exponer la vida a la muerte anuda a la inmortalidad a cuenta del ideal. Quien muere vive como héroe o, al menos en su pervivencia significativa, queda nombrado por la causa y singularizado en su acto. Un combatiente lo advierte: “... *los revolucionarios nunca mueren, aunque destrocen sus cuerpos...*”²⁴. Así, se delinea un cuerpo operando una denegación de la muerte. En la guerra se pone el cuerpo para que advenga cuerpo vaciado de vida. Resta decir que se expone lo real de la carne y de la sangre. De allí lo atinado de la referencia a la “carne de cañón”. Dice alguien: “*Se sacrifica un cuerpo por la causa*”.

La violencia puede enunciarse como una puesta en acto que dice de la trasgresión del cuerpo y de la ley, como rajadura deletérea del vínculo humano en su paroxismo, pero también en su silencio, donde se unen la agresividad, en la radical rivalidad, con la pulsión en su ímpetu mortífero. De allí su fuerza potenciada.

²³ SANDRA HOYOS, *op. cit.*

²⁴ GABRIEL ÁNGEL, *La caída del guerrero*, en *La luna del forense*, Bogotá, Ed. Magdalena Medio, s.f.

²⁵ LEÓN VALENCIA, *Utopía o quimera*, en *Bitácora*, núm. 3, Santafé de Bogotá, 1996.

²⁶ FRANCISCO SATUÉ, *Desolación del héroe*, Madrid, Alfaguara, 1988.

Al decir de la violencia como acto cabe precisar que en un instante de un tiempo sin tiempo se da curso al empuje irrefrenable que ciega en su fulgurante exhibición; espectáculo que estremece ante su estrago.

Durante décadas nosotros trasegamos la violencia, la urdimos con paciencia de relojero, la vivimos con pasión, supimos de sus amarguras y también (digámoslo sin rubor) de sus conquistas²⁵.

La violencia inmoviliza dejando perplejo ante ella, a la vez que somete a un trastocamiento de valores. La violencia es punto de detención que atrapa la mirada coagulada ante la obscenidad de formas y posturas del destrozo, dando curso al goce propio de lo pulsional en su vía escópica.

De este modo, la guerra es destello, alarido estridente, retorno de los cuerpos a la magnificencia de su estallido, grandilocuente escena de imágenes, olores y sonidos, de colores y tonalidades. Se escucha decir a quien fuera un aguerrido combatiente: “... *me gustaba el olor a pólvora, me entusiasmaba el tronar de los tiros, el vibrar del fusil al disparar...*”

En su intento por enunciar aquello que de la guerra no se puede contar, un combatiente refiere a

*esa emoción que sugiere el estallido del corazón y de las vísceras sin otro efecto que un ruido sordo dentro del cuerpo, entre las costillas... los sonidos estertóreos, los hedores infernales... cuerpos desgarrados. Inundada por la sangre nadie sospecharía que la piel de los cadáveres amontonados... poseyó vida alguna vez, y más inconcebible resultaría estimar que su color fue el amarillo*²⁶.

La violencia es exceso que se regodea en un cuerpo, como emergencia del goce en el acto mortífero, donde el otro adquiere estatuto de objeto degradado, colocado por fuera de la prohibición, objeto de muerte. El rebajamiento del otro que, hecho carne deviene objetivo militar, compromete la trasgresión de lo intocable del cuerpo otro. En su punto subjetivo puede hallar su aval en el derecho a matar auspiciado desde el discurso, pero a cada uno compete el usufructo de goce con su cuota irreparable. Se escucha decir: “...*me encantaban las armas... disparar... tener poder...*”

La violencia orienta al cuerpo en su intento unitario, en su unicidad cifrada, sea en una imagen, sea en un nombre por la vía del significativo; es decir, en la dimensión imaginaria y simbólica, como cuerpo que se exalta y enaltece, o como cuerpo que se fractura y desintegra. Pero, más que eso, la violencia enuncia el cuerpo en su padecer, en su vacío de goce como propio de su inefable existencia.

La escuela militar nos adiestró para el combate... afianzó nuestra moral combativa con argumentos ideológicos... Cultivó nuestros valores indispensables en la batalla... Pero nadie nos dijo qué hacer con los sentimientos de asombro y de dolor frente a la destrucción causada por uno mismo, nadie nos contó que la maquinaria de la guerra avería el alma, que en momentos es mejor morir que sobrevivir con una carga tan pesada. Nadie dijo nada...²⁷

CREATIVIDAD

El torbellino de la violencia terminó por anonadarnos, se prolongó en el tiempo con tal saña sin producir el anhelado cambio social, que cansó el cuerpo y saturó el espíritu²⁸. Pero no es así para todos; también se escucha decir: "... no todos sienten el desgaste, el cansancio de la guerra, yo nunca lo sentí.

Son muy diversos los posicionamientos frente al fin de la guerra o implicados en la salida de ésta. Para unos, es un paso que no tiene vuelta, para otros, convoca una añoranza, un anhelado aunque imposible retorno, para otros más, acaba en un inminente regreso a la vía de las armas.

La salida de la vía armada compromete en lo esencial un paso "íntimo" que, como acto subjetivo, contrasta con un proceder formalizado en el orden social y jurídico. Ante la emergencia de un real que la causa no logra recubrir, emerge el sujeto con insospechado ímpetu, deviene la duda, la incertidumbre, el sinsentido, provocando un desprendimiento en muchas ocasiones imparable.

En los confines de un camino de pérdidas y duelos postergados hay una nueva vuelta por la muerte que hace un nuevo enganche con la vida "... *sin aferrarse a la vida ni renunciar a ella...*"²⁹, dice alguien. Abdicar de la omnipotencia y la inmortalidad deja inerme al sujeto y lo conmina a enfrentarse al vacío.

Ante el sujeto mutilado de un horizonte cierto o frente a la fisura que compromete su quiebra, el cuerpo se implica en una devastación subjetiva. Cuando se renuncia al goce guerrero se repara en el cuerpo, es decir, es la ocasión para una vuelta del sujeto sobre éste.

El cuerpo desinvertido del ideal es cuerpo fracasado en su unidad antes imaginada y en su entereza. De esta forma, se da curso al extrañamiento del sujeto frente a su cuerpo, a un renovado porte, e incluso a un nuevo andar. Alguien dice: "...no se puede salir a la vida civil caminando como militar...". Destemplado del

Investitures, débris et cicatrices, ou du corps dans la guerre

La guerre a à être examinée dans son acmé de violence, celui qui rassemble le corps et la jouissance dans une rencontre acharnée, là où la parole démissionne. La guerre est aussi la mise en scène d'un esprit de corps qui lui donne son support. Investiture et semblant, insigne et emblématique sont les dimensions symbolique et imaginaire qui, nouées au réel de la destruction et l'anéantissement, augurent un funeste destin. De même, la guerre est un pari qui reste à la fin en tant que cicatrice.

²⁷ MARÍA EUGENIA VÁSQUEZ, *op. cit.*, pág. 224.

²⁸ LEÓN VALENCIA, *Utopía o quimera*, en *Bitácora*, núm. 3, Bogotá, octubre de 1996, pág. 57.

²⁹ MARÍA EUGENIA VÁSQUEZ, *op. cit.*, pág. 248.

fervor guerrero, del garbo miliciano, "...despojado de las armaduras, con la piel libre de todo blindaje..."³⁰ en las nuevas urdimbres cotidianas, el cuerpo adquiere la flacidez de la musculatura sedentaria. Alcanzado por el significante "desmovilizado", el cuerpo retorna a la quietud, a la inactividad exasperante.

Los ecos de la guerra hacen su presencia perenne en el cuerpo exponiendo sobre éste sus roturas. De la guerra quedan, como inscripción, sus cicatrices; escritura en esa superficie llamada cuerpo que dice del goce en los tiempos guerreros. Son remiendos de heridas pretendidamente sanadas, incisiones que han procurado su cerramiento. Son emblemas de una historia ilustre, huellas imborrables, tatuajes de la guerra sobre la piel en un cuerpo cansado, que muchas veces se denuncia tempranamente envejecido y desgastado. Marcas indelebles, signos de una otrora apuesta de la vida a la muerte, suscitan siempre una mirada que interroga, que convoca cada vez a "...contar el cuento..." y "...trae el recuerdo de todo..."

De allí que algunos aprecien sus rajaduras para exhibirlas orgullosos a modo de condecoración, como insignia del coraje y del arro-

jo, recuerdos indelebles de pretéritas hazañas; otros las guardan para mostrarlas sólo en la intimidad a aquellos más cercanos; mientras que otros más inician con ellas una nueva clandestinidad que procura el ocultamiento a miradas intrusas, conservando en el silencio aquellos tiempos de lo mejor y de lo peor.

A quien ha perdido en lo real una parte de su cuerpo, algo le horada la integridad de su imagen. El agujero, el miembro amputado, se evoca con nostalgia y retorna en la fantasía de un cuerpo que se prefigura recompuesto. Como dice alguien que perdió una parte de su rostro: "... a veces se sufre el fantasma de tener la cara completa...". Así mismo sucede con el arma entregada, con "... mi parte del cuerpo que era el fusil...". Eso ocurre sobre todo en los primeros tiempos: "... se siente el peso, el fantasma del fusil, el uniforme, la cartuchera...". Para algunos, sin embargo, "...el arma termina siendo un punto de quiebra, un elemento de pesadilla y de repudio..."³¹

En el paso a la vida civil se actualiza la desgarradura, la fragmentación y el despedazamiento. El cuerpo lacerado hasta la amputación se hace insoportable en tanto que deviene "cuerpo desarmado"; mutilado, el cuerpo evoca la impotencia. La pérdida de la integridad supuesta dice al sujeto de su inconsistencia.

El cuerpo hace sentir ahora su presencia sufriente, su aullido estridente. Las averías de los tiempos de la guerra, las roturas en ese entonces taponadas, las secuelas de cargas excesivas, los dolores antes atenuados, retornan sin soporte que los mediatice y apacigüe. De cuerpo mudo en el trajinar guerrero se pasa a un cuerpo que se enuncia doliente, al grito de los órganos y de la enfermedad. En su liviandad, el cuerpo es ahora expuesto al síntoma en los recorridos por su geografía. Es el retorno a la sensibilidad y a la disfunción frente al trazo que marca el cuerpo y lo hace hablar.

La elección por la vía guerrillera propone un tránsito de la desigualdad a la igualdad; el paso subjetivo que permite inscribirse en la vida civil hace un nuevo movimiento, de la igualdad a la diferencia, permitiendo la emergencia de la pregunta por el enigma de un cuerpo atravesado por la rajadura de la sexuación. Así, una de las tantas sorpresas de los nuevos tiempos, dice alguien, "...fue descubrir mi ser femenino..." y descifrarse en "...un cuerpo de mujer."

Andar sin el peso desmedido de los ideales arrecia la pesada carga de la pesadumbre de "...todo el dolor de las muertes, de las ausencias"³². Es enfrentarse a "... vivir sin 'la gran causa'..."³³ como parte del quiebre subjetivo y de sus vestigios. Es a lo que se escucha llamar "...las cicatrices del alma..."³⁴. Retorno a la existencia que implica la apuesta de la vida en los nuevos tiempos en que ella se pone para no arriesgarla. Como dice alguien: "Ahora se cuida el cuerpo porque existe la vida"³⁵

³⁰ OTTY PATIÑO, *Día de las madres*, en *El Tiempo*, Bogotá, 12 de mayo de 2002, págs. 1-20

³¹ LEÓN VALENCIA, en *Seminario, De la vía guerrillera a la vida civil: avatares subjetivos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, abril 2001.

³² SANDRA HOYOS, *op. cit.*

³³ MARÍA EUGENIA VÁSQUEZ, *op. cit.*, pág. 433.

³⁴ ALBERTO CUÉLLAR, Entrevista, Bogotá, octubre de 2001.

BIBLIOGRAFÍA

- BICECCI, Mirta, *El cuerpo y el lenguaje*, en BRAUNSTEIN, Nestor (Comp.) *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*, México, Ediciones de la Fundación, 1992.
- BLAIR, Elsa, *El espectáculo del dolor, el sufrimiento y la crueldad*, en *Controversia*, núm. 178, mayo de 2001.
- CASTRO, María Clemencia, *Del ideal y el goce: Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y en el paso a la vida civil*, Bogotá, Universidad nacional de Colombia, 2001.
- _____, *Del psicoanálisis y la violencia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001.
- CASTRO, María Clemencia y DÍAZ, Carmen Lucía, *El goce y el cuerpo. Sus anudamientos en la violencia y la guerra*, Proyecto de Investigación, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- CLAUSEWITZ, Karl Von, *De la guerra*, Barcelona, Labor, 1992.
- CUÉLLAR, Alberto, *Cuando mire a alguien hágalo a los ojos, para ver lo que lleva por dentro*, en *Bitácora*, núm. 3, Bogotá, 1996.
- CUÉLLAR, Alberto, Entrevista, Bogotá, octubre de 2001.
- ESTRELLA, Nilda, *El cuerpo en el síntoma del niño*, en *Freudiana*, núm. 20, Cataluña, Escuela Europea de Psicoanálisis, 1997.
- FREUD, Sigmund, *De guerra y muerte: temas de actualidad*, en *Obras Completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- _____, *Lo ominoso*, en *Obras Completas*, t. XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- _____, *¿Por qué la guerra?*, en *Obras Completas*, t. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- GARTLAND, María Cristina, *Cuerpo y lenguaje*, en *Jornadas de investigación sobre Cuerpo y psicosis*, Buenos Aires, versión inédita.
- GRAVE, Vera, *Razones de vida*, Bogotá, Planeta, 2000.
- HOYOS, Soraya, *Ecos de la guerra en palabras de mujer: Conversación con María Eugenia Vásquez*, Bogotá, material original.
- JUTINICO, Aldemar y BUITRAGO, Oscar, *Discapacidad física, psicológica y laboral causada por el conflicto armado*, Bogotá, Con Fe Paz, 2001.
- LACAN, Jacques, *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je)*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI, 1976.
- _____, *Seminario 5: Las formaciones de inconsciente*, versión inédita.
- _____, *Seminario 7: La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1986.
- _____, *Seminario 23: El síntoma*, versión inédita.
- MUÑOZ, Antonio, *Ardor guerrero*, Madrid, Alfaguara, 1995.
- NASIO, Juan David, *Los gritos del cuerpo*, Buenos Aires, Paidós, 1977.
- PATIÑO, Otty, *Día de las madres*, en *El Tiempo*, Bogotá, mayo 12 de 2002, págs. 1-20
- SÁNCHEZ, Elvira, *Patria se escribe con sangre*, Bogotá, Siglo del Hombre, 2001.
- SATUÉ, Francisco, *Desolación del héroe*, Madrid, Alfaguara, 1988.
- SOLER, Colette, *El cuerpo en la enseñanza de Lacan*, en *Traducciones*, Medellín, Fundación Freudiana de Medellín, 1988.
- URIBE, María Victoria, *En los márgenes de la cultura*, en *Arte y violencia en Colombia desde 1948*, Bogotá, Museo de Arte Moderno de Bogotá, 1999.
- VALENCIA, León, *Utopía o quimera*, en *Bitácora*, núm. 3, Santafé de Bogotá, 1996.
- VÁSQUEZ, María Eugenia, Entrevista, Bogotá, septiembre de 2001.
- _____, *Escrito para no morir: Bitácora de una militancia*, Bogotá, Colcultura, 2000.



⊗ Un dhampir transformado en animal.